

Las reglas prácticas deben descansar finalmente en la filosofía.—En nada se nota tanto la diferencia entre los maestros hábiles y los inexpertos, como en el modo con que consideran la facultad de la memoria, la manera de educarla y el empleo á que los diferentes educadores la destinan. Hémos aquí en el punto en que se encuentran la práctica y la filosofía especulativa, y para todos nosotros sería imposible llegar á la determinación de reglas enteramente justas sobre este asunto, si no dirigiésemos nuestra atención á la naturaleza de ese procedimiento intelectual que llamamos memoria, y á las leyes que lo rigen.

Ley de la sugestión mental.—Basta á mi objeto actual mencionar una ó dos verdades muy sencillas como base de las pocas reglas prácticas que espero alcancemos á deducir del estudio de esta materia. Por un procedimiento maravilloso, llamado á veces sugestión ó asociación mental, hallamos que todo pensamiento y acción en nuestra vida se eslabona con alguna otra acción ó pensamiento. Ningún acto mental ó espiritual está enteramente aislado. No se efectúa acto ninguno, ni siquiera los de la percepción sensible, sin que se asocie con algún pensamiento anterior ó sugiera uno nuevo. Cuando entramos á analizar estos fenómenos, vemos que hay dos

clases de asociaciones, confusamente distintos. Cuando se nos refiere un hecho, podemos pensar también en la razón ó consecuencia de él; y dos ideas diversas pueden venir á un mismo tiempo á nuestra mente, porque percibimos el *nexus* lógico que las une. De esta manera, el pensamiento de que el año va á ser bueno para los viñedos, trae el de que el vino se venderá más barato; la historia de los primeros impresores puede hacernos pensar en el renacimiento de los estudios; una guerra sugiere los grandes gastos que ocasiona; la idea de un mal gobierno trae la de una revolución. Del mismo modo, un problema geométrico de Euclides me lleva á meditar sobre los axiomas y postulados de que depende su solución; y un solecismo en la conversación me sugiere naturalmente la regla gramatical violada. En todos estos casos, el carácter de las asociaciones y la facilidad con que podamos luégo recordarlas y reunir las, depende del grado en que hayan sido cultivados el juicio y la reflexión sobre los asuntos á que las asociaciones se refieren.

Pero además de estas naturales y lógicas asociaciones, puesto que así podemos llamarlas, hay otras muchas puramente arbitrarias, en cuya producción no hay un especial motivo de acercamiento. Tales son las asociaciones entre nombres y personas, entre fechas y hechos, entre palabras é ideas, entre los pesos ó medidas y las cifras que los representan, entre los acontecimientos contemporáneos en diversos países. No hay en ninguno de estos casos juicio ó reflexión que me ayude á estrechar la asociación. Si de alguna manera existe el eslabón entre las cosas así relacionadas ha de forjarse por algún procedimiento mecánico. Se me dice que Colón descubrió la América en 1492, pero no hay razón alguna, perceptible á mi entendimiento, por la cual la fecha

no pueda haber sido 1452. Me dicen los libros que cada vara tiene tres pies; y la palabra vara y esta cifra se me ocurren siempre juntas; pero no establezco esta asociación por ningún procedimiento racional. Si de alguna manera la establezco, es por algún otro medio. Es una sugestión de palabras más que de pensamientos.

Diferentes clases de asociaciones.—Si estudiamos las diferencias principales en la capacidad mental y carácter de los hombres, vemos que en gran parte dependen de la clase de ideas que habitualmente ó con más facilidad se asocian en su entendimiento. Un incidente vulgar puede sugerir á un hombre de imaginación viva ó elevada algunas analogías morales ocultas ó alguna verdad transcendental. Á tal hombre llamamos poeta. Á otro hombre distinto, toda escena notable en la fantasmagoría de la vida le conduce á reflexionar en sus antecedentes y consecuencias: ese hombre tiene el temperamento filosófico; es el razonador, el moralista, el sabio. Á un tercero, el sonido de una palabra sugiere algún símil grotesco, alguna alusión remota, alguna idea, que, aunque esencialmente distinta, se parece sin embargo superficialmente á la que la despierta: ese hombre estará dotado de fantasía ó ingenio. Pero cuando al oír una palabra ó al serenos recordada una escena la mente se transporta en seguida á las demás palabras ó acciones que estaban ligadas con ella cuando por primera vez hizo impresión en nosotros; cuando se limita á recordar cierto grupo de palabras ó pensamientos en el mismo orden en que por primera vez le fueron presentados, entonces decimos que el hombre tiene buena memoria. Tiene la facultad de reproducir fácilmente asociaciones previas, sean ó no lógicas.

Procedimiento de la recordación.—Considérese por un instante el procedimiento que se va desenvolviendo

cuando tratemos de recordar un hecho. Se me pregunta el nombre del economista que trabajó tanto por ordenar la hacienda pública en Francia en los tiempos de Luis XVI. Por supuesto, si yo conociese la primera letra del nombre, ya tendría con ella una clave, y aguardaría á que esa inicial me sugiriese cierto número de nombres; me detendría con especial atención en los más probables de entre ellos, y desecharía tan pronto como me fuese posible otros nombres que, aunque comenzando con la misma letra, no fueran el buscado. Pero no recuerdo la inicial. Dejo, pues, á mi mente detenerse un momento en Luis XVI; y entonces los nombres de Calonne, de La Fayette, hasta los de Burke y Pitt, se me ocurren. Ninguno de ellos es el que deseo recordar, y no dejo que mi mente se fije en ellos. Pienso en Madame Stael. Me detengo: ella era la hija del estadista cuyo nombre busco. En Gibbon: él solicitó á Madame Stael en matrimonio. Entonces vienen rápidamente á mi memoria Génova y Lausanne, Terney y Voltaire, todos los nombres relacionados con aquellos personajes y sucesos, y de ellos voy naturalmente á parar al nombre de Necker, en el que me fijo al fin, y es el que buscaba.

Se observará que no he llegado á recordar este nombre por ningún acto consciente. No puede decirse que lo he extraído de las profundidades de mi memoria; esas metáforas son muy mala guía. Lo que he hecho es simplemente esto: he esperado á que obrasen las leyes de asociación, y á que me auxiliara el maravilloso poder espontáneo de la sugestión mental. Con un esfuerzo de la voluntad pude concentrar mi atención sobre estas sugestionas que conforme se iban presentando parecían más satisfactorias. No atendí á las asociaciones que no me hubiesen dado resultados, y oportunamente vino á mi memoria el nombre especial que iba yo solici-

tando. Si hubiera tenido una memoria mejor, se me habría ocurrido el nombre más pronto ó con menos esfuerzo.

Constantemente necesitamos usar en nuestra enseñanza de la facultad de la memoria. ¿Qué valor tendría nuestra enseñanza sin ella? Deseamos, naturalmente, estimular la energía de los entendimientos nuevos, y hacer á los niños observadores, razonadores, pensadores; pero lo que primero les pedimos es que recuerden lo que les enseñamos. Si nos ha costado trabajo eslabonar dos cosas, bien una palabra y su significación, bien un hecho y una fecha, bien dos pensamientos por medio de la comparación y el contraste, deseamos que el método empleado para eslabonarlos haya sido tan eficaz que siempre que se presente después uno de estos objetos á la mente, el otro ocurra al mismo tiempo que él. Mientras las asociaciones que procuramos establecer entre el pensamiento y las palabras no sean permanentes, la memoria será imperfecta; y si la memoria es imperfecta, nuestro trabajo es perdido.

Modos de establecer asociaciones permanentes.—Es obvio, pues, que debemos procurar conocer las condiciones que producen la permanencia en la mente de las asociaciones que se ofrecen á ella. ¿Cómo podrán fijarse las asociaciones en el estendimiento? Hay para esto dos medios sencillos.

El primero consiste en la repetición frecuente. Muchas ideas ó palabras asociadas quedan fijas en nuestra mente, no porque así lo hemos procurado, sino porque las circunstancias las han estado presentando constantemente á nuestros ojos en yuxtaposición. Así llegamos á saber de las personas que viven á nuestro alrededor, el orden de las palabras en textos ó versos repetidos usualmente, la colocación de los objetos en las casas y calles

que vemos todos los días. Sugerírase alguna de estas ideas á la mente, y en el mismo instante se nos ocurrirán, queramos ó no, las que están relacionadas con ellas por mera contigüidad. Podría hoy mismo, sólo con repetir la misma frase cincuenta veces, hacer tal impresión en vuestra inteligencia que jamás la olvidaríais. Tan conocido y evidente es el efecto que ejerce en la facultad de la memoria la simple repetición frecuente, que no es necesario detenernos más en él.

Interés en la cosa aprendida.—La segunda condición favorable al desarrollo de la facultad de recordar es el interés ó simpatía que en nosotros despierten las cosas asociadas.

La conclusión directa de esto es que el que quiera que se recuerde algo debe procurar lograrlo por uno de estos dos medios: ó por constante repetición que fija el hecho en la memoria del que no muestra deseo de retenerlo; ó excitando en el alumno un deseo vivo de conservar el hecho en la memoria. El trabajo envuelto en estos dos procedimientos puede ser indicado en proporción inversa: mientras más se usa de unos de ellos, menos se necesita del otro. El acto de recordar puede ser efecto de un procedimiento mecánico, casi automático, ó un procedimiento intelectual. Pero en la proporción en que se le hace intelectual, deja de ser mecánico, y viceversa. Cada emoción de simpatía é interés que se consiga despertar en el alumno hace menos necesario el enojoso trabajo de aprender de memoria una lección dada. Pensemos y hagamos que nuestros alumnos sepan, que la primera condición de recordar fácilmente es querer recordar; que el tener mala memoria no es culpa de la naturaleza, sino consecuencia de no haber puesto suficiente fuerza de voluntad en el acto de reunir las ideas que deseamos conservar asociadas. Decir que no recor-

damos una cosa es tanto como decir que no pusimos en ella bastante atención cuando por primera vez se presentó á nuestra mente.

Memoria de palabras, y de sentido.—¿Qué clase de memoria debemos cultivar preferentemente? ¿La memoria de las palabras, ó la de las cosas y hechos que estas palabras representan? ¿La memoria concreta que reproduce fácilmente los objetos y los sonidos, ó la memoria abstracta que retiene el espíritu y significación de lo que se ha oído y visto? Claro es que sería bueno adquirir ambas clases de memoria. Hay personas que recuerdan con mucha claridad las relaciones entre los acontecimientos, y la sustancia de lo que oyen, y no tienen, sin embargo, memoria feliz para retener meros nombres ó palabras. Pero si hubiésemos de elegir, y quedarnos con una ó con otra, deberíamos preferir la memoria de las cosas y sus causas, efectos y relaciones mutuas, á la simple memoria de palabras. En las escuelas, sin embargo, necesitamos de ambas; y es de gran interés en materias de educación saber cuándo se ha de cultivar la una, y cuando la otra. Si se desea que un alumno demuestre una proposición de Euclides, se necesitará de la memoria, por supuesto, pero no de palabras especiales, sino de la del orden lógico de la demostración. Y si se tiene alguna razón para sospechar que el alumno se ha aprendido de coro la lección, se le burla cambiando las letras ABC de la figura por XYZ, ó con otro expediente análogo; porque convertir lo que debe ser un ejercicio del raciocinio en otro de pura memoria verbal, destruye todo el valor de la lección, y hace de ello un acto sin sentido. Si se ha estado enseñando una lección sobre historia, y se ha descrito, por ejemplo, el período de la Revolución Inglesa, el intento del poder dirimente, el proceso de los siete obispos, el fanatismo

de Jacobo II y la catástrofe final, se desea que todos estos sucesos vayan encadenados en su debida correlación como causas y efectos, y que cuando el alumno los repita, narre los hechos con palabras originales que reflejen sus propias ideas, no con aquellas mismas palabras que el maestro empleó al pintar esos acontecimientos. Á estos casos puede aplicarse con entera propiedad el aforismo de Montaigne: "Saber de memoria no es saber." Nada se ganaría, sino que se perdería mucho, si en vez de exigir al alumno que refiriese los sucesos á su propia manera, se le hiciese aprender de memoria algunas frases de algún libro de historia que los presente en compendio. Las asociaciones que se desea aquí dejar fijas en la mente del alumno son de hechos, no de palabras ó frases.

Cuándo es legítimo el aprender de memoria.—¿De manera que no habrá casos en que sea cuerdo y deseable establecer asociaciones verbales, y pedir á los alumnos que las retengan en la memoria, ó, dicho de un modo mas común, aprender de memoria? Indudablemente las hay. Considerémoslas:

I. Hay en aritmética y en todas las ciencias exactas ciertas fórmulas de uso frecuente á las que de continuo se hace referencia y que deseamos aplicar inmediatamente. La tabla de multiplicar, por ejemplo, dice: 7 por 9 son 63. La asociación entre estas cifras es aparentemente arbitraria. La reflexión y el raciocinio no me ayudarían mucho para saber que el producto no es 53; y cuando estoy preocupado en resolver un problema para cuyas operaciones me es necesario ese dato, no deseo detenerme á reflexionar ó razonar sobre este detalle. Las dos cifras, 7 por 9, deben sugerir 63 instantáneamente por un procedimiento mecánico y sin un momento de meditación. Por esto es bueno saber que la rela-

ción del diámetro á la circunferencia del círculo se expresa por las cifras 1 y 3'14159, por ser este dato frecuentemente necesario en la resolución de los problemas geométricos, y facilita una clave para calcular con rapidez el tamaño de los objetos que nos son familiares. En el caso de cada una de estas fórmulas netas y precisas, observamos que hay algo exacto y que todo lo que no sea eso es erróneo; no debemos equivocarnos la verdad exacta, y la frecuencia con que se nos presentarán ocasiones de usar la fórmula justifica plenamente el trabajo empleado en confiarla á la memoria.

II. Hay muchas cosas que deseamos recordar en sustancia, pero que se recuerdan mejor en una forma particular. Las definiciones y axiomas de la geometría y algunas reglas de la sintaxis latina pertenecen á este género. Se las ha reducido con cuidado á la forma más simple de expresión; es especialmente necesario que se las aplique con precisión absoluta, y conviene por tanto llevarlas en la mente en una forma concisa y fija.

III. Hay, además, ciertas cosas que merecen ser recordadas por la forma especial que revisten, tanto como por las verdades que encierran. Si el lenguaje en que está expresada la verdad tiene alguna autoridad especial, significación histórica ó belleza poética, el lenguaje en sí mismo viene á ser un objeto digno del trabajo de la memoria, independientemente de las ideas que envuelve. Merecedores son de todo el empeño que se ponga en recordarlos los buenos versos, los pasajes notables de los grandes escritores y oradores, los formularios de nuestras creencias, las máximas profundas en que, como dijo Russell, la experiencia de muchos ha sido fijada y concentrada por el ingenio de uno. Gran riqueza gana la memoria con que depositemos en ella pensamientos enér-

gicos y frases acabadas y graciosas; un pasaje notable, unas cuantas frases pulidas, un trozo de la esmaltada elocuencia, un curioso aforismo, una tierna y apacible poesía, ó una devota sentencia, tienen en sí un precioso valor que depende más de su excelencia artística que de su importancia como manifestaciones de la verdad. Esa artística perfección es precisamente la que les da título especial á ser albergadas en nuestra memoria. El poseedor de este depósito tiene en él un grato recurso en las horas de fastidio ó cansancio en que los pensamientos andan torpes y la imaginación se debilita. Acude á estos ornamentos de su memoria, y nota que con recordar esas hermosas frases sus pensamientos se animan y sus emociones de ennoblecen.* Pero esto no sucedería si no se notase que las palabras tienen en sí mismas propiedad y belleza.

Hay, pues, un uso bueno y otro malo de lo que para mi actual propósito he llamado, con el nombre de verdad anti-científico, "memoria verbal," ó sea lo que comunmente se llama aprender de memoria. Es indudable que muchos maestros han descansado demasiado en la facultad de recordar palabras. De cuantos modos hay de dirigir al niño, el más fácil es el de decir: "Vé y apréndete esa lección, y entonces vuelve y repítela," y según esto el poner lecciones de memoria es el principal recurso, si no el único, de los maestros que no saben enseñar y se contentan con ser meras máquinas pedagógicas. Pero á veces sucede que lo opuesto á lo malo no es precisamente lo bueno; y en la reacción contra un sistema que se apoyaba completamente en la memoria y no apelaba jamás al raciocinio, bien pudiera

* "Lo que necesitamos para el uso diario es un giro elegante ó una manera apropiada de decir lo que no sabemos cómo expresar convenientemente."—BAIN.

ser que cometiésemos otro error igualmente grande con desacreditar la memoria, rebajando su importancia.

Principio general que ha de tenerse en cuenta.—Creo que estamos ya preparados para llegar á una conclusión exacta sobre el uso que debe hacerse de este gran instrumento de la educación. La conclusión es ésta: cuando lo que se desea que el alumno conserve y reproduzca son pensamientos, hechos ó racionios, ha de procurarse que el alumno los repita con sus propias palabras. Entonces no ha de ponerse en acción la mera memoria verbal. Pero cuando las palabras en que va envuelto un hecho tienen en sí mismas alguna especial propiedad ó belleza; cuando representan algún dato científico ó alguna verdad esencial que de ningún otro modo podría estar mejor expresada, hágase entonces que forma y sustancia sean igualmente aprendidas de memoria.

Perfección.—Y una vez determinado que vale la pena tomarse ese trabajo, cúdese de que éste sea completo. De nada sirve aprender algo de memoria si no se aprende con tal perfección que sin la menor equivocación, y sin preparación, podamos repetirlo. En otras lecciones, en que el entendimiento tiene el principal oficio, puede ser que sólo se alcance un resultado parcial; y aun así será útil: una lección entendida á medias es preferible á la falta de lección. Pero una lección de memoria medio aprendida, recitada á fuerza de apuntes del maestro, y sabida sólo en lo necesario para no pasar por un desaplicado contumaz, de seguro que será olvidada á los pocos momentos, y, por tanto, enteramente inútil al alumno. Aunque, mirándolo bien, sirve de algo; queda de ella la conciencia del tiempo perdido y el disgusto del asunto todo á que se refiere. He ahí su único resultado.

Manera de aprender de memoria.—Si por alguna de

las razones que hemos indicado, decidimos que cierto número de lecciones sea aprendida de memoria, será oportuno dar á los alumnos alguna idea de las condiciones en que la memoria queda mejor preparada para llevar á cabo su tarea. Sentarse inmediatamente después de una lección á aprender otra de memoria no será bien hecho, porque la mente no está en ese momento en su mayor capacidad de recibir. Como que cada cual, en razón de condiciones diversas, aprende de memoria á su modo, no puede fijarse en esto una regla absoluta. Muchos aprenden mejor de mañana, cuando la mente está fresca. Pasa como positivo que la actividad cerebral está en toda su fuerza en las dos ó tres horas después de la primera comida de cada día. Otros dicen que el modo más fácil de retener una lección en la memoria es aprenderla pocos momentos antes de acostarse, y que al día siguiente la recuerdan con claridad extraordinaria. Escritores filósofos han hablado de la existencia del pensamiento inconsciente, ó sea de la actividad del pensamiento durante el sueño, y otros estados en que no tenemos conciencia de nosotros mismos, en los cuales, no sólo se fijan sino que se perciben con mayor claridad las impresiones recibidas anteriormente. No podemos detenernos á discutir esta teoría; pero es cierto que á muchas personas les economiza el trabajo cerebral voluntario el hábito de aprender de noche, y que lo que antes de acostarse aprenden, lo recuerdan con extraña lucidez á la mañana siguiente.

La memoria ha de ser ayudada con la reflexión.

—Es muy probable, además, que se olvide ó necesite ser estudiada de nuevo una lección aprendida en la escuela, ó un libro leído y apartado de la mente tan pronto como se ha acabado su lectura. Pero una lección á que se ha estado dando vueltas en la mente, y en que se ha

meditado con empeño, siquiera haya sido por algunos minutos, queda de seguro formando parte del caudal permanente de nuestra inteligencia. No hemos de desear que el trabajo de la escuela absorba todas las ocupaciones de la vida, ni hemos de perseguir á un alumno reflexivo en todas sus horas de ocio; pero no debemos olvidar tampoco que aquel antiguo modo con que se exhortaba á los hebreos á que enseñasen á sus hijos las más importantes máximas en los tiempos en que no había libros, era muy apropiado: "Se las enseñarás á tus hijos con gran cuidado, y les hablarás de ellas cuando estés sentado en tu casa, y cuando vayas por el camino, y cuando te acuestes, y cuando te levantes."

Es seguro que recordamos bien cualquier asunto sobre que hemos estado meditando, en ocasiones en que nuestros pensamientos andaban en huelga. Si se pudiera habituar á los alumnos á que consagrasen diez minutos cada día, ya en sus paseos, ya en la tranquilidad de la noche, á preguntarse: "¿Qué he aprendido hoy, y por qué lo he aprendido?", y á tratar de recordarlo y meditar en algo que lo esclarezca y confirme, de seguro que los niños harían con esto un grande y verdadero adelanto.

La memoria fortalecida por el ejercicio.—Los maestros que hacen un uso excesivo de las lecciones de memoria suelen dar para esto una excusa muy común. Se les dice que es inútil dar á aprender de memoria á los niños trozos sueltos de gramática, historia ó geografía. Se les demuestra que esa mera acumulación de frases sería inútil aun para un hombre educado; y á esto suelen contestar que esas lecciones son útiles porque fortalecen la memoria. No hay duda de que eso es cierto. Del mismo modo fortificaría yo mi memoria aprendiéndome de memoria un largo capítulo de un libro ó una gran

lista de nombres de personajes célebres. Apenas se puede concebir que semejantes adquisiciones llegasen á serme de utilidad algún día. Así también fortalecería los músculos de su brazo un hombre que cada mañana abriese un hoyo en su jardín, y cada mañana siguiente rellenase con gran empeño y trabajo el que había abierto en la anterior. Pero sería tal vez mejor que hubiese hecho este ejercicio cavando en algún lugar donde hubiera sido útil hacerlo. La verdad es que la vida no es bastante larga, y que nuestras facultades no son suficientemente poderosas, para que tengamos el derecho de fortalecer la memoria aprendiendo lo que no merece ser recordado. La misma ventaja pueden obtener nuestras facultades aprendiendo algo que tenga un valor propio; y á menos que lo que el maestro pretenda hacer aprender al niño no tenga ese valor real, y sea de tal naturaleza que al maestro mismo le parezca útil para sí propio y digno de ser recordado, el uso que se intente hacer de la facultad de la memoria será ilegítimo y mal aconsejado.

Lecciones de memoria que convienen ó no convienen.
—Hagámonos ahora unas preguntas. ¿Deberé aprender de memoria las preposiciones que rigen dativo y las que rigen ablativo en la lengua latina? Sí, porque esas son formas del lenguaje cuyo conocimiento me es indispensable para escribir y traducir el latín; son en gran parte arbitrarias, por lo que ningún esfuerzo de la reflexión podría bastarme para recordarlas. ¿Deberé aprender las definiciones de las partes de la oración que discurren los gramáticos? No. "Artículo es la parte de la oración que se pone delante del nombre para indicar su número y género." Si no supiese yo lo que es artículo sin necesidad de esta definición, nunca debería explicarlo por medio de ella. Hay, además, otros

muchos modos de definir las partes de la oración que en nada desmerecen de las que andan en cualquiera de los textos de gramática; y siempre que yo mismo conozca plenamente la diferencia entre ellas, mientras con más variedad las defina, alcanzaré mejores resultados. ¿Deberé aprender el número de varas que tiene una legua, la fórmula del cuadrado de $(a+b)$, ó la expresión trigonométrica del área de un triángulo? Sí, porque éstas son verdades fundamentales y utilísimas, de las que se necesita constantemente, y á veces sin tiempo para esperar, en la resolución de problemas de matemáticas ó de ciencias basadas en ellas. Pero los logaritmos de todos los números hasta 100, ó el número de pulgadas que hay en un metro, ¿debo aprenderlos? No: creo que no debo recargar mi memoria con datos que tan rara vez se necesitan, á que tan poca referencia se hace fuera de las escuelas, y que tan fácil me sería hallar en caso de que llegasen á serme alguna vez necesarios. ¿Haré aprender de memoria á mis discípulos un trozo de una novela de Scott? Creo que no, porque es probable que no tenga unidad ni sentido propios; es un fragmento de una composición más extensa, que sólo podría entenderse y apreciarse en relación con el conjunto; y como no es racional esperar que se recuerde toda la obra, el fragmento no tardaría en desaparecer de la memoria por completo. ¿Aprenderé el orden en que han reinado los monarcas de Inglaterra, la latitud de Londres, y, aproximadamente al menos, la extensión de la Gran Bretaña, y la población de cinco ó seis de sus grandes ciudades? Sí, porque Inglaterra es mi patria, porque me interesa más que ningún otro pueblo del mundo, y porque esos datos vendrán á ser como términos fijos de comparación alrededor de los cuales se irán agrupando, clasificando y ordenando las nociones

crecientes que vaya yo adquiriendo sobre mi país y su historia y la de otros lugares. Aprenderé las fechas del advenimiento á la Sede Pontificia de los Papas, la lista de los departamentos de Francia; el número de leguas que recorre el Misisipí, ó la latitud y longitud de Timbuctú? No; no me parece que deba yo aprender estas cosas. Me agradará saber en qué libro puedo hallar estos datos las pocas veces que los necesite, y la manera de buscarlos. Lo que Latham llama la "memoria de índice" es todo lo que necesito; esto es, el conocimiento de los lugares en que puedo hallar los datos que me sean necesarios, y el modo de dar con estos datos sin dificultad. Pero llevar toda mi vida semejante carga en la memoria, es cosa que no haré por cierto, á no ser que se me fuerce á ello; y si se me fuerza, trataré de deshacerme de la carga tan luégo como esté fuera del alcance de quien me la impuso: ¿Fiaré á la memoria el Compendio Histórico como el del ingenioso Mangnall? No por cierto, si puedo evitarlo. Hé aquí algunas preguntas y respuestas de ese autor:

—¿Qué se hizo de los druidas? Fueron casi completamente extinguidos cuando el general romano Suetonio Paulino se apoderó de la Isla ó Anglesea, en el año 61, y Agrícola por segunda vez en 78.

—¿Cómo trasmitían los bretones los acontecimientos de su pueblo á la posteridad, cuando ignoraban las artes de la escritura y la imprenta? Por medio de sus bardos ó poetas, que eran los únicos depositarios de la historia de la nación.

—¿Qué emperador romano proyectó una invasión de Bretaña, recogió unas cuantas conchas en la costa, y volvió á Roma como triunfador? Calígula, en el año 40.

—¿Qué generales británicos se distinguieron antes de

la constitución de la heptarquía sajona? Casivelanus, derrotado por Julio César en 54 A. C., y Caractaco, derrotado y hecho prisionero por Ostorio en 51 D. C., y enviado como tal prisionero á Roma al año siguiente.

—¿Cuál fué la exclamación de Caractaco al ser llevado en triunfo por las calles de Roma? “¡Cómo es posible que un pueblo dueño de tales riquezas me envié mi pobre choza de Bretaña!”

Supongamos que aprendo de memoria esa lección. Obsérvese que cada respuesta encierra la tercera ó cuarta parte del punto á que se refiere, todo lo demás del cual va envuelto en la pregunta, que no se aprende de memoria. El fragmento aprendido será, pues, incompleto y no tendrá sentido. Aun cuando se recordase la pregunta, los hechos aislados aprendidos de esta manera quedan incoherentes, sin lazo que los una, y aunque relativos á uno de los asuntos más interesantes no despiertan en la mente la menor curiosidad.

Libros de preguntas y respuestas.—Escribir un libro de preguntas y respuestas es dar por seguro que no ha de haber contacto verdadero de pensamiento entre el discípulo y el maestro, que todas las preguntas que puedan hacerse han de tener una forma particular, y que no pueden ser respondidas más que de una sola manera. No queda de este modo espacio para la investigación del estudiante, ni para las digresiones con que amplíe el maestro el texto, ni para el saludable empleo de la inteligencia de uno y otro en el examen del asunto; todos estos ejercicios han sido reducidos á una mezquina tarea mecánica, cuando el objeto del estudio ha de ser poner en acción y estimular la inteligencia; y dos personas destinadas á vivir en íntima comunicación intelectual quedan convertidas en un par de impostores, no enseñando nada el uno, no aprendien-

do nada el otro, y sin hacer ambos más que representar un papel y recitar de un libro las palabras ajenas. Dícese que hay todavía escuelas en que se hace aprender de memoria el compendio de Mangnall, y que hay demanda constante de nuevas ediciones de él. Entristece pensar en la manera como se ha venido embruteciendo á generaciones enteras de niños y niñas en Inglaterra con ese libro y otros de su jaez, libros que abundan mucho también en España y en los países hispano-americanos.

La memoria no es un mero receptáculo.—Considerándolas bien, se notará que las metáforas que frecuentemente usamos á propósito de la memoria extravían algo como todas las metáforas cuando se las aplica á nuestra vida íntima ó espiritual. Decir que la memoria es un receptáculo que puede ser ocupado, ó una cadena que puede sacar riquezas de un pozo, vale tanto como afirmar que la memoria es una facultad limitada, lo cual no es cierto. La memoria es susceptible de aumento indefinido, y de mejorar con el ejercicio. Es de advertir, sin embargo, que los estendimientos constituidos de diverso modo se desarrollarán de manera distinta; y si los sometemos todos á igual sistema, habrá gran variedad de resultados. Unos recordarán con especial facilidad nombres y palabras; otros recordarán más fácilmente las personas y los lugares que los nombres con que se les designe. Una persona de escasa capacidad puede aprender de oído las palabras de una lengua extranjera mucho más pronto que otra de mayor inteligencia cuyos serios hábitos mentales le lleven á inquirir las leyes de lenguaje y las semejanzas de la filología comparada. Y hasta la deficiencia en la facultad de retener una verdad en la forma exacta en que la recibimos primero, puede coexistir con la capacidad de recordar esa verdad por medio de la reflexión en